



Sobre los usos de la palabra “teoría”

♦ Rodrigo Mier
Armando Villegas

El presente texto busca aclarar algunos usos de la palabra “teoría” en la historia del pensamiento occidental. No haremos referencia a ninguna teoría en particular, sino a diversas maneras de entender dicho significante, lo que nos permitirá aclarar su uso más reciente en el ámbito de las humanidades. Este uso se refiere principalmente al término “*theory*”, que se ha traducido al español como “teoría”, el cual hace referencia a un saber interdisciplinario en boga en las academias anglosajonas y que, después de analizar diversos significados de esta palabra, explicamos al final de este texto.

Empezaremos diciendo algo que, por ser tan evidente, suele olvidarse: cuando se habla de “teoría”, cuando se refiere a la “teoría de” o cuando se dice “tenemos una teoría”, se está, antes que nada, utilizando una palabra, la palabra “teoría”. Este uso o utilización de dicho término, se puede agregar, nombraría él mismo, de manera pragmática, las distintas formas en que los saberes y las disciplinas lo han definido.

La utilización de la palabra “teoría” en las disciplinas humanísticas tiene sus orígenes en la ilustración europea de finales del siglo XVIII y se extiende a lo largo del pensamiento de los siglos XIX y XX. Este viejo término en el vocabulario del pensamiento occidental fue resignificado por los distintos usos que le dieron disciplinas como la sociología, el psicoanálisis, la historia o la antropología; sin embargo, fue sobre todo en el campo de la filosofía donde adquirió un nuevo sentido. Cuando, por ejemplo, Kant utiliza la palabra “teoría”, lo hace para referirse a un conjunto de principios generales que nos permiten pensar un objeto de conocimiento. Así, la vieja palabra “*θεωρία*”, con la que los griegos definían la contemplación o un tipo de vida que no requería de acción (por ejemplo, la vida en la *polis*, o política) ni de producción (por ejemplo, el arte, la *techné*, o técnica), quedó olvidada para situarse firmemente en el ámbito del conocimiento.¹

Como consecuencia de esta resignificación, a lo largo del siglo XIX la palabra se alojará en el centro que organizará y definirá las posibilidades y los lí-

¹ Lo verdaderamente significativo en este punto es que, mientras la contemplación está ligada en la antigüedad clásica al “ser feliz”, en la idea del conocimiento moderno no se requiere de ningún componente ético. La ética, se podría decir, está desligada del conocimiento. Lo bueno no puede ser ya vinculado con lo verdadero. Tal es el proyecto de Kant al delimitar las esferas de la razón: por un lado estaría *lo verdadero*, que correspondería al conocimiento teórico (o razón pura); por otro lado, *lo bueno*, que correspondería al uso de la razón práctica o ética.



mites de las llamadas “ciencias humanas”; esto es, el conocimiento que estos saberes pueden producir en torno al objeto que estudian: el hombre. Como se muestra a continuación, la palabra “teoría” se ha utilizado para dar cuenta, por debajo de lo que se presenta como una ocurrencia singular o como una experiencia sensible, de los principios que las hacen posibles. En otras palabras, la “teoría” se ha entendido comúnmente como “teoría de”: teoría de la ciencia, teoría de la historia, teoría de la sociedad, teoría de la modernidad, teoría del hombre, entre otras.

Primero. Por “teoría” se ha entendido eso a lo que nos referimos cuando decimos “ciencia pura”; esto es, aquella parte del conocimiento que no tiene una aplicabilidad inmediata o a aquellas “ciencias o partes de las ciencias que consisten en la elaboración conceptual o matemática de los resultados”.² Elaboración conceptual, no práctica.

Segundo. La “teoría” ha sido también definida por su relación y antagonismo con la práctica, una división que hunde sus raíces en la antigüedad clásica, pero se refuerza con el pensamiento kantiano y con las categorías del marxismo. Esta oposición binaria, que se asume ahora como natural, introduce, más allá de una separación tajante entre sus términos, una “jerarquía violenta”.³ En otras palabras, teoría y práctica no solo se presentan como

opuestas, sino como el escenario en el que uno de los términos busca imponerse al otro o, como diría Derrida, “encumbrarse”. Si pensamos que en esta división estarían implicados, por ejemplo, “los que piensan” y “los que actúan”, entonces no resulta difícil imaginar que el escenario del que hablamos se parece más bien a un campo de batalla entre la acción y el pensamiento.

Este singular combate, sin embargo, se ha encontrado también con innumerables esfuerzos por “negociar” o “mediar” el conflicto entre las partes, proponiendo que en la división teoría/práctica no nos encontramos con dos esferas autónomas, sino con su interacción. Así, en el campo específico de la reflexión marxista o marxiana, basta recordar las palabras de Lenin cuando afirmaba que “no hay teoría revolucionaria sin práctica revolucionaria”, los esfuerzos de Louis Althusser por pensar la filosofía como una “práctica teórica” o la propuesta de Adolfo Sánchez Vázquez de hacer de la actividad teórico-práctica una “praxis”.

Tercero. Un uso extendido de la palabra “teoría” se encuentra en el ámbito de la sociología. Como se sabe, a partir del siglo XIX la sociedad se vuelve objeto de estudio y preocupación para autores como Marx, Comte, Bentham y Durkheim. Ellos inspiraron la creación de lo que se denominó “teoría sociológica”, la cual fue recogida un si-

² Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, FCE, México DF, 1995, pp. 1126-1127.

³ Jacques Derrida, *Posiciones* (entrevista con Jean-Louis Houdebine y Guy Scarpetta), trad. M. Arranz, Pre-Textos, Valencia, 1977, pp. 51-131, en Derrida en castellano, <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/posiciones.htm>, consultado en mayo de 2011.

glo después por pensadores como Parsons, Weber, Althusser y, más recientemente, Luhmann. En estos últimos, la utilización del término “teoría” es particularmente importante.

Para Althusser, por ejemplo, un discurso teórico es “un discurso que tiene por resultado el *conocimiento* de un objeto”.⁴ Dicho conocimiento está determinado por los objetos que lo condicionan, en este caso, objetos de la sociedad: objetos reales, concretos y singulares como la “historia real”, la historia de la lucha de clases, las formaciones sociales concretas o la llamada formación social del capitalismo. En palabras de Althusser, “el conocimiento de esos objetos reales, concretos, singulares, es el resultado de todo proceso de conocimiento, cuyo resultado es lo que Marx llama la ‘síntesis de una multiplicidad de determinaciones’, siendo esta síntesis el conocimiento concreto de un objeto concreto”.⁵ Aquí, “teoría” aparece como una red de conceptos que explica objetos determinados y producidos por lo que se puede llamar, en clave marxista, “realidad”.

Más recientemente, Luhmann caracterizó el trabajo teórico desde el concepto de complejidad, la cual si bien “*nunca* reclama para sí misma el reflejo total de la realidad del objeto ni el agotamiento de todas las posibilidades del conocimiento

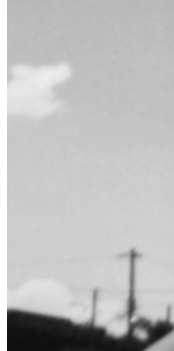
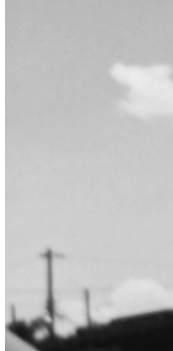
del objeto [...] sí reclama la universalidad de la aprehensión del objeto en el sentido de que como teoría sociológica trata del todo social y no sólo segmentos (como, por ejemplo, estratos y movilidad, particularidades de la sociedad moderna, patrones de interacción, etc.)”.⁶ Para Luhmann, entonces, el carácter principal de la teoría sociológica es, por un lado, su imposibilidad de conocer el todo, y por el otro, de forma paradójica en apariencia, su ambición de universalidad.

Cuarto. Por “teoría” también se ha entendido la llamada “teoría crítica”. Esta acepción nos llega principalmente de los estudios realizados por la Escuela de Frankfurt y, sobre todo, del trabajo de Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, quienes elaboraron una explicación histórica de la sociedad y su progreso. Aquí, con la expresión “histórica” se hace referencia a la pretensión de ubicar espacio-temporalmente ciertas problemáticas, como, por ejemplo, el desarrollo del pensamiento ilustrado europeo, que concierne específicamente a una historia particular de una etapa y una geografía igualmente específica. El término “teoría” puede entenderse en este contexto como “filosofía de la historia”; esto es, como una explicación del desarrollo de la ilustración y sus consecuencias, tanto progresivas como retrógradas. La teo-

⁴ Louis Althusser, *Crítica a la exposición de los principios marxistas*, Cuervo, Buenos Aires, 1976, p. 10.

⁵ *Ibid.*, p. 11.

⁶ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, Anthropos/UIA/Centro Editorial Javeriano, Barcelona/México DF/Bogotá, 1998, p. 8.



ría crítica supondría, entonces, un diagnóstico de la modernidad y una crítica de sus pretensiones de universalidad.⁷

Quinto. A principios del siglo XX aparece un nuevo conjunto de disciplinas⁸ humanísticas que también se denominaron “teorías”: el psicoanálisis freudiano, la semiótica y la lingüística saussureana, entre otras, inauguraron vocabularios, metodologías y presupuestos teóricos que muy pronto ellas mismas, con su propia crítica, pusieron en cuestión. Fue así como surgieron nuevos saberes, como la ontología fundamental de Heidegger, la deconstrucción, la genealogía, la hermenéutica (francesa y alemana), la teoría postmarxista, el psicoanálisis lacaniano, la teoría literaria en sus distintas vertientes (formalismo, estructuralismo, por citar las más conocidas), la ya mencionada teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, los estudios postcoloniales, culturales y subalternos, entre otros.

Lo verdaderamente importante de estas lecturas de la tradición occidental, cuyo anclaje se verifica en la ilustración, es que produjeron su propia crítica sin negar los aportes que el mismo pensamiento europeo había legado al pensamiento occidental trasatlántico; esto es, en Europa y en América. Del debate entre estas escuelas, líneas

de investigación y doctrinas filosóficas surgió una multiplicidad de estudios teóricos y críticos que, sin tener un objeto de estudio propio, atienden diversas áreas del saber, así como experiencias que se han vuelto objeto de preocupación a partir del siglo XX: la economía, el poder, la violencia, el arte, la literatura, la opresión, la exclusión, la sexualidad, la construcción de los géneros, el colonialismo, el sujeto y la subjetividad, la cultura y el diálogo intercultural, regidos todos por la performatividad del habla (la pragmática) y las cuestiones del análisis del discurso en términos políticos que van más allá de la semántica. Hoy en día, entonces, se está en presencia de un nuevo significado de la palabra “teoría” que, si bien atraviesa la totalidad de lo que se conoce como “humanidades”, no se agota en ninguna de esas disciplinas que, desde el siglo XIX, estudian las distintas formas de ser y aparecer del hombre. De estas problemáticas surgió un nuevo uso de la palabra, que intentaremos explicar a continuación.

Uso reciente de “teoría”

Desde hace solo unas cuantas décadas, la palabra “teoría” (*theory*, en inglés) ha adquirido en distintas academias universitarias, principalmente an-

⁷ Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 1994.

⁸ Básicamente, denominamos disciplina a un saber que ha delimitado su objeto de estudio y que ha creado un vocabulario y metodologías propias para tratarlo. Esta noción puede verificarse en los trabajos de Foucault, cuando afirma que “una disciplina se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un *corpus* de proposiciones consideradas como verdaderas, un juego de reglas y de definiciones, de técnicas y de instrumentos”. Michel Foucault, *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires, 1992, p. 18.

glosajonas,⁹ un sentido nuevo para la investigación en las humanidades. Contra los distintos sentidos del término expuestos arriba, en nuestros días la palabra se refiere más bien a un conjunto abierto de “herramientas” provenientes de distintas disciplinas, que son utilizadas para “trabajar” todo tipo de problemáticas culturales sin importar realmente de dónde vienen. La teoría, en este otro sentido, se encontraría en los intersticios de una serie de disciplinas y departamentos en cuyo interior aún se encuentran alojados muchos de los conceptos, términos y teorías que aquella utiliza para realizar su propia crítica.

El nuevo sentido que ha adquirido la “teoría” en las instituciones se traduce en una multiplicidad de argumentos con distintos grados de complejidad cuyo estudio se resiste, por paradójico que pueda parecer, a producir su propia teoría. Por esta razón, el uso más reciente (y modesto) que se le ha conferido a la “teoría” se ha alejado de aquella idea tradicional que le permitió a distintas disciplinas humanísticas desarrollar uno o varios “métodos” capaces de analizar, desde el espacio de sus respectivos campos disciplinarios, sus propios objetos de estudio. Como elocuentemente lo ha puesto Jonathan Culler en su *Breve introducción a la teoría literaria*, por “teoría” podríamos entender ahora

“una serie no articulada de escritos sobre absolutamente cualquier tema, desde las cuestiones más técnicas de la filosofía analítica, hasta las diversas maneras en que se ha pensado y se ha hablado de nuestro cuerpo. El género ‘teoría’ incluye obras de antropología, cinematografía, filosofía, filosofía de la ciencia, *gender studies*, historia del arte, historia social y de las ideas, lingüística, psicoanálisis, sociología y teoría política. Esas obras responden a las discusiones propias de su campo, pero se han convertido en ‘teoría’ porque su perspectiva o sus razonamientos son sugerentes y útiles para estudiosos de otras disciplinas. Las obras que devienen ‘teoría’ ofrecen explicaciones que otros pueden usar sobre muy diversas cuestiones: el significado, la naturaleza y la cultura, el funcionamiento de la psique, o la interrelación de la experiencia privada y pública o de la experiencia individual y la de las grandes fuerzas históricas”.¹⁰

Siguiendo a Culler, a lo que se hace referencia ahora cuando decimos “teoría” no es a la condición necesaria y general de todo conocimiento racional sobre la experiencia privada o social, sino al efecto o resultado de reflexiones que, si bien surgieron en el espacio constituido por disciplinas específicas (historia, literatura, psicoanálisis, antropología, filosofía, entre otras), se han desprendido de estas

⁹ En otras academias se podría hablar de “estudios críticos”. En todo caso, lo que se nombre es más importante que la palabra que se use; esto es, la palabra “crítica” o “teoría” refiere a una serie de investigaciones ligadas con las humanidades en todo el mundo, pero que no suponen ninguna metodología “propia” de lo que se conoce como humanidades, pero que toman su inspiración de ellas.

¹⁰ Jonathan Culler, *Breve introducción a la teoría literaria*, Crítica, Barcelona, 2004, p. 14.



para hacer surgir objetos de estudio nuevos que no podemos ya asignar a ninguna disciplina en particular. Como es de imaginarse, pensar en algo así como “teoría” sin convertirla de antemano en “la teoría de algo distinto a lo que ella misma propone”, le permite tratar “absolutamente cualquier tema” y traducirse en un universo inmenso de posibilidades para las humanidades.

Pero, y esto es crucial, al crear nuevos objetos de estudio, el objeto mismo al que nos referimos como “humanidades” se transforma. La radical transformación del orden del propio discurso, un acontecimiento al que, por ahora, solo se puede hacer referencia como “teoría”, ha sido acompañado por una profunda modificación de todos aquellos saberes que encontraron su razón de ser en el hombre y en sus distintas expresiones culturales: su lenguaje, su trabajo, su historia, entre otros. Esta transformación, aunque a un ritmo más lento, también se ha volcado sobre la universidad, una institución en la que, durante siglos, se alojó este conocimiento.

La aparición de “objetos de estudio nuevos” a la que nos referimos antes no quiere decir que el uso más reciente del término “teoría” ha logrado, finalmente, levantar el velo que impedía ver las cosas del mundo tal y como son. Lo que ha conseguido esta reelaboración del término “teoría” ha sido, más bien, volcar el propio conocimiento de las cosas del mundo sobre la manera misma en que este se construye y entiende. Volviendo sobre un viejo

aforismo de Montaigne, del nuevo uso de “teoría” podemos señalar lo que este autor decía de la interpretación: “presenta más problema interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas”.¹¹

En este sentido, más que una interpretación del mundo o de sus cosas, el uso más reciente de “teoría” se convierte en pensamiento sobre el pensamiento, análisis de las categorías que utilizamos para dar sentido a las cosas de la literatura, de la filosofía, de la historia y del resto de nuestras prácticas discursivas. Es por esto que ahora, sin ser necesariamente un motivo de vergüenza o alta traición para la disciplina, es posible, por ejemplo, introducir términos o conceptos del psicoanálisis lacaniano o de la ciencia política contemporánea en el estudio de la literatura. En resumen, el sentido más reciente de lo que entendemos por “teoría” tendría las siguientes características:

1. Es una manera de argumentar que combina, original y rigurosamente, objetos, conceptos y estrategias de lectura provenientes de distintas disciplinas.
2. Es un tipo de análisis que está comprometido con el concepto de discurso; esto es, atiende más a las formas y procedimientos para argumentar que al contenido de lo que se argumenta. Por ponerlo en otros términos, no busca verdades, sino las distintas maneras en que estas se producen.
3. No es un saber de frontera. Por “teoría” no nos referimos a un saber marginal, sino al conflictivo espacio de reflexiones que constantemente es-

¹¹ Michel Montaigne, en Jacques Derrida, “La estructura, el signo y el juego en el discurso de la ciencias humanas”, *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 383.

tán produciendo debates en el lugar mismo en que se desarrollan las disciplinas.

4. Está siempre en tránsito. La teoría se corrige y se critica a sí misma produciendo nuevos objetos discursivos o trasladando sus análisis de una esfera a otra sin necesidad de una licencia disciplinaria que se lo autorice.

5. No es una disciplina con metodología propia. La “teoría” usa diversas y singulares estrategias de lectura. No es posible, en resumen, hacer la teoría de la “teoría”. Lo que se tiene en todo momento son, más bien, los despliegues estratégicos y luchas de poder de saberes que buscan constituirse como verdades.

La teoría es interdisciplinaria

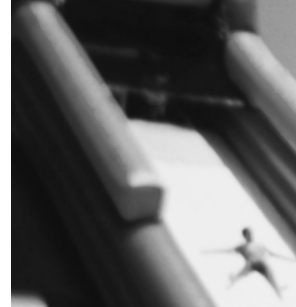
El acontecimiento que ha hecho surgir la noción de “teoría” a la que nos referimos aquí está íntimamente ligado, sin lugar a dudas, con la aparición más o menos reciente de un término que, en la actualidad, se ha vuelto muy popular: “interdisciplina”. Habría, sin embargo, que preguntarse cómo entiende esa nueva noción de “teoría” este término, así como otros que se asocian (y confunden) con él: “multidisciplina” y “transdisciplina”. Decir cómo no entiende la teoría contemporánea la interdisciplina es, quizá, una buena manera de definir lo que entendemos cotidianamente por multidisciplinaria. La interdisciplina no consiste en el estudio que

dos o más disciplinas realizan o podrían realizar sobre el *mismo* objeto, ya que esto implicaría que el objeto de estudio no solo tiene una existencia ajena a lo que se puede decir o predicar de él, sino que antecede y preexiste al propio discurso que elabora cada disciplina sobre ese objeto.

Así, por ejemplo, el estudio que distintas disciplinas como la literatura, la historia, la antropología o la filosofía podrían pretender hacer sobre el mismo objeto (digamos, sobre el hombre) sería un asunto de la multidisciplinaria. No obstante, si se piensa que eso que llamamos “hombre” no solo es un efecto de estas disciplinas, sino su razón misma de ser, entonces se estará tratando un asunto interdisciplinario o transdisciplinario. Basta recordar la asombrosa aseveración de Michel Foucault al final de *Las palabras y las cosas*, cuando dice que “el hombre es una invención reciente” y no, como se ha pensado, “el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano”.¹²

El sentido que le damos, entonces, a la palabra “teoría” no es el de un saber que tenga asignados objetos, conceptos, disciplinas o métodos propios, sino el resultado de diversas operaciones que son tanto analíticas como retóricas. Así, la teoría sería “interdisciplinaria” en el sentido que le dio Roland Barthes al término: “La interdisciplinaria que se ha convertido hoy en un sólido valor de la inves-

¹² Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI, México DF, 1995, p. 375.



tigación no es una cosa reposada. Comienza *efectivamente* (y no sólo como la emisión de un piadoso deseo) cuando se deshace la solidaridad de las antiguas disciplinas, quizás hasta violentamente, gracias a los envites de la moda, en provecho de un objeto nuevo, de un lenguaje nuevo, que ni el uno ni el otro pertenecen al dominio de las ciencias que se pretendían confrontar apaciblemente”.¹³

Siguiendo a Barthes, por “teoría” nos referiríamos a la creación de objetos y lenguajes nuevos, y no a la elaboración de coherencias funcionales o sistematizaciones formales, propias de la “teoría”, entendida en su sentido tradicional. En consonancia con esta definición, podríamos decir también que la “teoría” es “transdisciplinaria”, siempre y cuando se le dé a esta palabra el sentido que le ha dado el filósofo francés Jacques Rancière: la transdisciplina se pregunta si hay o no objetos *propios* de estudio; en todo caso, cuestiona la separación de los saberes (por ejemplo, en disciplinas) en nombre del litigio en que se encuentra todo objeto de estudio: “Me parece preferible practicar otra cosa: la transdisciplinaria, es decir, la actitud que se interroga acerca de eso “propio” en cuyo nombre se practican los intercambios. Nos interesamos entonces en las formas de percepción, en los actos intelectuales y en las decisiones que presidieron esas pequeñas repúblicas, en la constitución de sus objetos, sus reglamentos y sus fronteras. Esta actitud considera

a las disciplinas como formaciones históricas constituidas en torno a objetos litigiosos”.¹⁴

Estas “pequeñas repúblicas” son, desde luego, lo que se conoce como disciplinas, saberes, escuelas, colegios, facultades, institutos, departamentos, academias y doctrinas de todo tipo. Al hablar de estas como “repúblicas”, Rancière no solo refuerza el hecho de que se trata de espacios cuya interioridad está sancionada por estrictas reglas de organización, sino también por autoridades encargadas de supervisar que estas no se infrinjan. Por ponerlo en otros términos, el problema del saber y de su organización es un problema político, un problema de poder.

Como es de suponer, la idea de “objetos litigiosos” busca desestabilizar el control y la autoridad que esas pequeñas repúblicas ejercen sobre objetos que consideran “propios”, así como desplegar una resistencia que le impida a esas mismas repúblicas convertirse en, digamos, dictaduras del saber y la verdad. Esto es un asunto que concierne directamente a las humanidades y a los problemas que en su nombre se han discutido en el siglo XX: hombre/bestia, hombre/mujer, razón/locura, humano/inhumano, civilización/barbarie, adulto/niño, modernidad/premodernidad, progreso/retroceso, sociedad primitiva/Estado y, podríamos decir de manera más radical, todos y cada uno de sus objetos.

¹³ Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*, Paidós Ibérica, Madrid, 1987, p. 85.

¹⁴ Jacques Rancière, *El inconsciente estético*, Editorial del Estante, Argentina, 2001, p. 6.

Inscripción o exergo

¿Qué será de esas “humanidades” que, desde hace más de doscientos años, organizan y definen las distintas formas de ser y aparecer de lo humano ahora que el orden de nuestro discurso ha cambiado? ¿Qué le sucederá a nuestra concepción misma de “hombre”? ¿Qué le espera a eso que hemos llamado “humanidad” cuando la “teoría” ya ha empezado a hacer en ella su trabajo crítico y deconstructivo? Estas son preguntas que, por ahora, se pueden formular pero no contestar del todo.

Para llegar al final de los caminos de la teoría, para hablar del fin de la teoría, para jugar con las palabras de la teoría, para usar los términos de la teoría, podríamos terminar con una cita de Derrida y empezar a pensar en el porvenir de las humanidades, empezar a pensar que, sin duda, “el estatus y el devenir de la verdad, al igual que el valor de

verdad, dan lugar a discusiones infinitas (verdad de adecuación o verdad de revelación, verdad como objeto de discursos teórico-constatativos o de acontecimientos poético-performativos). Pero eso se discute justamente, de forma privilegiada, en la universidad y en los departamentos pertenecientes a las humanidades”.¹⁵

Pensar hoy en las nuevas posibilidades del término “teoría” implica pensar en la universidad como objeto y lugar de las humanidades; la universidad como espacio para la producción de la verdad, y las humanidades y su “teoría” como espacio del debate incondicional. Más allá de los embates a los que frecuentemente se enfrenta, la universidad debería ser hoy ese espacio irreductible y sin condición capaz de transformar, a través de su propia teoría y de su propia crítica, todo eso a lo que nos hemos acostumbrado a llamar humano.

¹⁵ Jacques Derrida, *Universidad sin condición*, trad. Cristina Peretti y Paco Vidarte, en Derrida en castellano, <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/universidad-sin-condicion.htm>, consultado en mayo de 2011.